

168



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

201

FACULTAD DE PSICOLOGIA

ESTILOS DE CRIANZA Y AUTOCONCEPTO EN ADOLESCENTES

TESIS PROFESIONAL QUE PARA OBTENER EL TITULO DE: LICENCIADO EN PSICOLOGIA PRESENTA: ROBERTO OROPEZA TENA

DIRECTOR DE TESIS: DR. JUAN JOSE SANCHEZ SOSA



MEXICO, D. F.

1985

FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES,

YA QUE GRACIAS A ELLOS VOY EN ESTA PARTE DEL CAMINO

A MIS HERMANOS,

POR LO QUE HEMOS VIVIDO JUNTOS

A MIS AMIGOS

POR LOS MOMENTOS TAN AGRADABLES QUE PASO CON ELLOS

A MONICA

MI VIDA

AGRADEZCO AL UCII, Y ESPECIALMENTE A LOURDES MONROY POR EL TRATAMIENTO ESTADÍSTICO DE LOS DATOS, ASÍ COMO A HILDA ESQUIVEL Y A MANUEL GONZALEZ O. POR TODA LA AYUDA EN EL MANEJO DE LOS PROCESADORES DE TEXTOS. TAMBIEN AGRADEZCO A FABIAN QUEZADA POR EL PRESTAMO DE SU "COMPU" AL INICIO DEL PRESENTE TRABAJO.

INDICE

	Página
RESUMEN.....	4
INTRODUCCIÓN: AUTOCONCEPTO, PADRES Y ESTILOS DE CRIANZA.....	5
MÉTODO.....	15
RESULTADOS.....	20
DISCUSIÓN.....	25
BIBLIOGRAFÍA.....	30

RESUMEN

El presente estudio se ubica en el contexto de la desadaptación psicológica como un problema socialmente relevante, siendo los objetivos: 1) explorar e identificar los estilos de crianza y la parte autoevaluativa del autoconcepto; 2) conocer las diferencias por género; y 3) contar con una estimación de su incidencia en una población normal, urbana, aparentemente sana de 2909 adolescentes escolares mexicanos. Los grupos escolares a los que pertenecían los sujetos se seleccionaron por muestreo aleatorio, probabilístico estratificado en planteles de bachillerato ubicados en catorce zonas geográficas de la Ciudad de México, a quienes se les aplicó el Inventario de Salud, Estilos de Vida y Comportamiento (SEViC). El Instrumento explora problemas psicológicos, estilos de crianza y desarrollo del individuo de acuerdo a datos sociodemográficos.

Se encontró una interacción entre los estilos de crianza y la parte evaluativa del autoconcepto, así como algunas diferencias por género, siendo los resultados generales los siguientes: respecto a la autodevaluación, los resultados de los hombres mostraron una gran interacción con variables que tienen que ver principalmente en su relación con el padre (comparaciones negativas, castigo físico, alcoholismo, mala relación); mientras que en las mujeres, se obtuvo mayor interacción con variables que tienen que ver en la relación con su madre (castigo físico, poca confianza, interés y apoyo). Respecto a la desesperanza, las variables de crianza tanto de hombres como de mujeres, fueron las mismas: por parte del padre, ordenes ofensivas; por parte de la madre, castigo físico, comparaciones negativas y escasas expresiones de afecto. Otras variables que interactuaron con la desesperanza fueron las amenazas de divorcio, la mala relación con los hermanos y el abuso sexual. Una variable de crianza que tuvo que ver exclusivamente con la autodevaluación en los hombres fue el castigo físico por parte del padre.

INTRODUCCIÓN: AUTOCONCEPTO, PADRES Y ESTILOS DE CRIANZA

El estudio del autoconcepto aporta elementos que ayudan a entender múltiples aspectos de la conducta humana. Se ha señalado que el autoconcepto es un factor que explica, predice y controla el comportamiento adaptativo, la estabilidad emocional, organizando, conformando y desarrollando la personalidad (Shavelson, Hubner y Stanton, 1976; García e Ingmudson, 1986; Servín, Requena y Cortés, 1990; Hernández y Sánchez-Sosa, 1991; Soto, 1992).

El autoconcepto negativo se ha asociado con inseguridad, poca confianza en sí mismo, poca esperanza de resolver problemas (desesperanza), fracaso escolar, temor, dificultad en las relaciones interpersonales, depresión, alcoholismo, drogadicción, delincuencia, ansiedad, autodevaluación, problemas de aprendizaje y dificultad en las relaciones sociales (Coopersmith, 1967; Conger, 1980; Gómez, 1982; Ibáñez, Bedolla y Pita, 1988; Jiménez, 1988; Papalia y Wendkos, 1988; Aguilar, 1989; Barbero y Molina, 1989; Baños, Perpiñá y Belloch, 1990; Chaper, 1991; Clemente y Díaz, 1992; González, Ylla, Galletero, Ballesteros, Zupiría y Hurriaga, 1993; Trafach y Llinás, 1993).

En contraste, el autoconcepto positivo se ha asociado con estados de satisfacción, bienestar físico, social y mental, seguridad, confianza, actitudes positivas, conductas constructivas, independencia, curiosidad y adaptación (Reid, 1981; La Rosa, 1986; Acuña y Bruner, 1991; Campos y González, 1992; Elicker, Englund y Sroufe, 1993).

El autoconcepto se ha definido por las percepciones, sentimientos, imágenes, atribuciones, creencias, actitudes y evaluaciones del individuo sobre sí mismo y de sus relaciones con los demás. La mayoría de los autores que coinciden en señalar a estos componentes como integrantes del autoconcepto, también lo conceptualizan como un proceso psicológico cuyos contenidos y dinanismos se determinan socialmente, además de ser multidimensional, estable y diferenciable. Parece haber un consenso en que las dimensiones relacionadas con el autoconcepto incluyen la social, emocional, ocupacional y ética (Rogers, 1950; James, 1968; Shavelson, Hubner y Stanton, 1976; Tamayo, 1982; La Rosa, 1986; Machargo, 1992; Rivera y Díaz-Loving, 1992; Valdés y Reyes, 1992; Casanova, 1993).

En ocasiones se usan casi como sinónimos el autoconcepto y la autoestima; algunos autores consideran a ésta como el factor evaluativo del autoconcepto, definiéndola como la valoración que hace el sujeto de sí mismo (Secord y Backman, 1976; Gómez, 1982; Fernández, 1990; Romero, Tena, Bonilla, García y Willcox, 1990). Otros consideran que la distinción entre éstos dos conceptos no es clara y no se ha demostrado (Acuña y Bruner, 1991; Acuña y Bruner, 1993).

Las teorías que hablan de la formación del autoconcepto consideran diversos factores que determinan la formación de un autoconcepto positivo o negativo: lenguaje, retroalimentación social, éxitos y fracasos personales, comparaciones, valoración, atribución, lo que los demás dicen de nosotros y lo que nos dicen los demás de nosotros, características personales, contexto, funcionamiento académico, relación con padres y amigos, opinión del aspecto físico y capacidades (Rosenberg, 1965; McDavid y Garwood, 1970; Lamb, 1978; Marsh y Shavelson, 1985; Salgado y Santillan, 1985; Marsh, 1986; González, Núñez y Valle, 1992; Servin, 1992; Corres, 1994).

Con respecto a la medición del autoconcepto se han creado varias escalas que lo abordan distinguiendo los siguientes rubros: grado de aceptación de uno mismo (autoaceptación), valoración de la propia persona (autoestima), apariencia física, reglas morales (ético o moral), personal, familiar, aspectos emocionales, sociales, ocupacionales, percepción de los padres, interacción de amistad y en la escuela (Fitts, 1965; Rosenberg, 1965; Coopersmith, 1967; Andrade y Pick, 1986; La Rosa, 1986).

Se ha encontrado que el autoconcepto ha mostrado relación significativa con otros aspectos: la clase social, sentimiento de control de las situaciones (locus de control), relación maestro-alumno, vida escolar, actitudes de los padres (cordiales, afectivas, autoritarias, agresivas), elecciones vocacionales, aspecto físico, curiosidad, desempeño en el trabajo, celos, angustia y la vejez (Coopersmith, 1967; Maw y Maw, 1970; Reid, 1981; Baker, 1985; Andrade y Pick, 1986; Corral, Alva y Ortiz, 1990; Muñiz y Andrade, 1990; Rivera y Díaz-Loving, 1990; Cruz, 1992; Machargo, 1992; Rivera y Díaz-Loving, 1992; Servin, 1992; Trafach y Llinás, 1993).

La investigación psicológica sobre la infancia parece reflejar dos posiciones, una que indica que esta etapa es fundamental para el posterior desarrollo del

individuo, afirmando que las experiencias vividas durante la niñez moldean la personalidad del sujeto para toda la vida (Delval y Gómez, 1988; Papalia, 1988; Triana, 1991; Casas, 1992). La otra posición señala que los niños que crecen bajo una fuerte tensión se las arreglan muy bien como adultos, y que normalmente es la situación actual en la que se encuentra el sujeto la que tiene una mayor influencia en el comportamiento social y psicológico (Dencik, 1992).

La concepción de que la niñez tiene que ver con el desarrollo físico, los cuidados en la infancia, la relación social, el nivel educativo, las necesidades afectivas, las características biológicas, se relaciona con el tipo de crianza que los padres creen es el adecuado para el niño (Schaffer, 1979; Fernández y Pedreira, 1991; Casas, 1992; Dencik, 1992).

En el ciclo vital hay muchos factores que intervienen en la formación de la personalidad de un individuo, siendo la familia el primer y más activo agente socializante que establece y moldea el comportamiento presente y futuro de los individuos (Quiroga, Echeverría, Mata y Ayala, 1990). La familia es el medio más importante para un adecuado desarrollo del niño. En las investigaciones que se han hecho sobre ésta, se ha encontrado que se relaciona con: identidad, autonomía, independencia intelectual y emocional, socialización, solución de conflictos, hábitos, costumbres, comportamientos, actitudes, ideologías y conductas anormales (Lautrey, 1978; Gómez, 1982; Ortiz, Abad y López, 1985; Gómez, Sos, Randall y Vaquero, 1991; González y cols., 1992; Gómez, 1993; Torres y Beltrán, 1993).

Entre las teorías sobre la crianza, algunas sostienen que el ambiente influye en el niño, y que este es un ser pasivo moldeado por las prácticas educativas de los padres o por cualquier fuerza con la que tenga contacto en su medio. Otra teoría señala que el desarrollo se determina por la herencia y que ni siquiera la disciplina puede variar muchos rasgos; otra menciona que el crecimiento físico es la fuerza que dirige el desarrollo, afirmando que el interés de los padres se centra en la salud y en la buena alimentación, factores cruciales para la educación y el éxito escolar; otra dice que la educación y socialización se basan en la interacción (Bandura, 1973; Schaffer, 1979; Triana, 1991).

Los padres son sujetos reactivos ante las conductas de sus hijos, percibiéndolos como seres pensantes, con sensibilidad hacia sus problemas,

tolerancia respecto a criterios educativos, confianza en sus capacidades, además de que se dice que son los primeros maestros del niño. La literatura afirma que los padres son los encargados de transmitir a sus hijos las normas sociales, las costumbres, las creencias, la forma de vida, las formas de comunicación, los hábitos, las actitudes, los estilos de solución de conflictos, la forma de vestir, los gustos, y gracias con todo lo cual los niños se van adaptando a la sociedad (Schaffer, 1979; González, 1989; Juste, Ramírez y Barbadillo, 1991; Dencik, 1992; Triana, 1992).

Algunos factores de los padres que parecen asociarse con un autoconcepto negativo en el niño son: profesiones donde se ejerce autoritarismo y violencia, bajo autoconcepto, desesperanza, debilidad, pasividad, poco amor y atención, negativismo, agresión, peleas y violencia física (Oñate, 1989; Verduzco y García, 1989).

La madre juega un papel muy importante en el desarrollo del niño, pues es la figura central en la unidad familiar (González, 1989). Al nacer, el primer contacto que tiene el niño es con su madre, de ella recibe prácticamente todo en sus primeros meses de vida: calor, caricias, afecto, lenguaje y alimento. Generalmente pasa más tiempo con el niño que el padre, se encarga de cuidarlo, bañarlo, cambiarlo, etc. Hay estudios que señalan que la calidad del vínculo madre-hijo parece relacionarse con una serie de conductas: lograr un sentimiento de seguridad en el niño; capacidad cognoscitiva; motivación para alcanzar el éxito; desarrollo del lenguaje; autonomía; nivel de autoconcepto y autoestima; socialización; conductas agresivas o asertivas y sentido de bienestar (Schaffer, 1979; Boy, García y Torreblanca, 1985; García e Ingudson, 1986; Páramo y Tinajero, 1992).

En general, al padre no se le atribuye tanta responsabilidad en la educación de sus hijos. La forma más usual que tiene el padre para relacionarse con su hijo es por medio del juego, aunque ocasionalmente lo alimenta, lo cuida, etc. Algunas funciones tradicionalmente asignadas al padre son: servir como modelo para la diferenciación de papeles entre hombre y mujer; dar protección a la familia; aportar el dinero para la manutención; poner límites y normas al funcionamiento familiar, cuidando su cumplimiento; integración de la personalidad; desarrollo emocional; conductas desadaptativas o salud psicológica; nivel de autoconcepto y autoestima (González, 1989; Sánchez-Sosa y Hernández, 1992).

La investigación en ésta área señala que cuando el padre tiene una buena relación con los niños: cuando les muestra afecto, los escucha, es cercano, empático, los apoya, juega, participa con ellos en sus tareas, contribuye a su salud psicológica y a un alto nivel de autoconcepto. En contraste, cuando lleva una mala relación: es rechazante, maltratador, autoritario, hipercrítico, desinteresado y tiene poca comunicación, pone en peligro la futura salud psicológica del adolescente, contribuyendo a un autoconcepto más bajo y a una gran desesperanza (Caplan y Lebovici, 1973; Verduzco y García, 1989; Verduzco, Lara, Lancelotta y Rubio, 1989; Romero et. al., 1990; Gómez, 1992; Río, 1992; Sánchez-Sosa y Hernández, 1992; Mariño, Medina, Chaparro y González, 1993).

Si la infancia de los padres fue feliz o desdichada, existe la posibilidad de reproduzcan patrones defectuosos con sus hijos; también es posible que quieran cambiar sus aspectos negativos para que los hijos se desarrollen adecuadamente en un futuro. A pesar de que muchos padres quieren tratar a sus hijos distinto como ellos fueron tratados, siguen repitiendo patrones de interacción que vivieron en su niñez, ya que no conocen otros o no saben cómo cambiarlos (Torres y Beltrán, 1993).

En las familias donde se le da más valor al niño, es decir, se le elogia, se le apoya, se le acepta y quiere, hay buena relación afectiva, equilibrio entre protección y autonomía y se le manifiesta amor y más aprecio, al llegar a la adolescencia tendrá un autoconcepto más alto (Coopersmith, 1967; Mussen, 1971; Webster y Sosobieszech, 1978; Gómez, 1982; García e Ingmudson, 1986; Oñate, 1989).

Otros factores familiares que afectan la conducta y el desarrollo de los individuos durante los primeros años de vida e incluso en la adolescencia son: incompatibilidad entre los comportamientos de los hijos y las expectativas de los padres; la salud y la nutrición; los procesos de interacción familiar; el número de hijos; el lugar que cada uno ocupa en la familia; la forma en que viven los padres la llegada de los hijos, sea con alegría o temor (Quiroga et col., 1990; Vera, López, Beltrán y Altamirano, 1990; Frias, Mestre. Barrio y García, 1992; Torres y Beltrán, 1993).

Se ha documentado que el abandono físico de alguno de los progenitores afecta profundamente al niño en su integración social (Ortiz, Abad, y López, 1986). Los efectos de la falta del padre se asocian con: timidez, vergüenza, inferioridad,

culpa, desconfianza en sí mismos y en el mundo, percepción inestable e impredecible del ambiente, locus de control externo, deficiencia en el desarrollo moral e intelectual, baja autoestima, desadaptación social y/o desajuste emocional (Drake y McDougall, 1977; Navarro y Steta, 1985; Sánchez-Sosa y Hernández, 1992). La privación materna parece influir más en el sentimiento de inseguridad de los niños, en una menor autonomía, desesperanza, evaluación baja, autoconcepto bajo y poca confianza en sí mismos, problemas de personalidad, conducta y sociabilidad (Boy y cols., 1985; Navarro y Steta, 1985).

Se ha sugerido educar al niño mediante el ejemplo, modelando la manera como se quiera que el hijo lo haga; gratificando las conductas que apoyan e ignorando las que quieren desalentar, explicando en ambos casos. También se sugiere enseñar límites; mostrar interés; aprobar cuando el niño se lo ha ganado; pedir el cumplimiento de las normas; mostrarse abierto a sus puntos de vista; apoyar ideas originales; no imponer ideas, dejando al niño tomar la iniciativa; ser menos directo y autoritario; buscar una reciprocidad; motivarlo al logro; aceptarlo con sus cualidades y defectos; enseñarlo a fijarse metas y a cumplirlas. Se ha encontrado que si se educa así a los niños, mostrarán más seguridad y autocontrol, serán más asertivos, curiosos y satisfechos (Baumrind, 1967; Lautrey, 1978; Schaffer, 1979; Gómez, 1982; Ortiz y cols., 1985; Verduzco y García, 1989; Páramo y Tinajero, 1992).

Otra forma de educar al niño es por medio del maltrato; los padres creen que si golpean al niño lo convertirán en un adulto obediente, aunque en ocasiones lo que quieren es causarle dolor. Variables para explicar el maltrato infantil hay una multitud: ignorancia; juventud; bajos niveles educativos, socioeconómicos y ocupacionales; hogares sucios, hacinados y desordenados; familias numerosas o uniparentales; conflictos conyugales; poca cohesión familiar; poca expresividad; maltrato durante la infancia; necesidad de amor y aceptación; situaciones estresantes; baja autoestima; personalidad obsesivo-compulsiva; baja tolerancia a la frustración; inmadurez afectiva. El maltrato infantil se relaciona con la inseguridad, autodevaluación, bajo autoconcepto, sentimiento de inferioridad, rechazo moral, agresividad, desobediencia y desesperanza (Neil, 1978; Green, 1979; Gómez, 1988; Garbarino y Kostelny, 1992; Paul y San Juan, 1992; Sánchez-Sosa y Hernández, 1992; Sánchez-Sosa, Jurado y Hernández, 1992; Mourriño, Lozada, Ríos, Coronado, Ordóñez, Reveles, Ruiz y Sandoval, 1993).

Las normas que han impuesto la cultura y la sociedad influyen de tal forma que las prácticas de crianza son diferentes para cada sexo, proponiéndose ideales masculinos para el hijo y femeninos para la hija. En las sociedades muy industrializadas es común que a los niños se les presione para valerse por sí mismos, buscando el logro, mientras que a las niñas se les presiona a que sean obedientes, educándolas para la crianza (La Rosa, 1987; Fernández, 1988; Sebastian, Valle, Martínez, González, Fernández y Moreno, 1988).

Se ha reportado que hombres y mujeres difieren en su grado de autoconcepto. Las mujeres consistentemente muestran un autoconcepto más bajo que los hombres, pero algunos estudios han encontrado lo contrario, por lo que todavía no hay un consenso al respecto (Jacobs, Berscheid y Walster, 1971; Díaz-Loving, Díaz-Guerrero, Helmreich y Spence, 1981; Holliger y Fleming, 1985; Andrade y Pick, 1986; García, 1987; Fernández, 1988; Isberg, Hauser, Jakobson, Powers, Noam, Weiss y Follansbee, 1989; Verduzco, Lara, Lancelotta y Rubio, 1989; Fierro, 1990; Acuña y Bruner, 1991; Garrido, 1991; Acuña y Bruner, 1992; Gómez, 1992; Acuña y Bruner, 1993).

La literatura de investigación en psicología señala en lo general asociaciones entre valores poco precisos de variables sociales, educativas y de interacción familiar gruesa con diversos aspectos del autoconcepto. Pocas investigaciones, sin embargo, han logrado establecer asociaciones o identificar diferencias entre los resultados a mediano y largo plazo de grupos de variables de crianza relativamente concretas e identificables.

Así, la investigación en psicología contiene diversos intentos para detectar relaciones entre el autoconcepto con los estilos de crianza. Parish y Parish (1983) realizaron un estudio buscando la posible relación entre la evaluación del sí mismo y la familia, en niños de matrimonios intactos, reconstituidos (padres divorciados y vueltos a casar) y uniparentales (padres divorciados no vueltos a casar). La muestra final consistió en 471 niños (397 de familias intactas, 55 de reconstituidas y 19 de uniparentales) de quinto y octavo grado. Se utilizó el inventario de Atributos Personales para Niños, en el cual, los sujetos tenían que escoger 15 palabras para describirse y 15 para describir a su familia. Se encontró que el autoconcepto esta significativamente correlacionado con la evaluación de sus familias ($r = .37$,

$p < .00001$). También encontraron una correlación significativa entre familias intactas y familias reconstituidas. El resultado de los niños con familias uniparentales demostró una baja correlación entre el autoconcepto de los niños y la evaluación de sus familias.

Estos resultados indican que la presencia de ambos padres (sean naturales u otros) ayuda de alguna forma en la relación entre autoconcepto y la evaluación de la familia, más que si hay únicamente un progenitor.

En otro estudio, Bishop e Ingersoll (1989) exploraron los efectos que provocan los conflictos maritales y la estructura familiar en el autoconcepto de los hijos. La muestra consistió en 33 madres adolescentes, 16 provenientes de familias intactas y 17 de familias con padres separados. Se reclutaron por medio de una invitación personal y de anuncios en boletines locales de tres pueblos del estado de Nueva York. Se utilizó la escala de hostilidad marital de O'leary-Porter (Porter y O'leary, 1980) para medir los conflictos maritales (ej. frecuencia de discusiones por dinero) únicamente con su pareja (10 reactivos) y frente a los hijos (10 reactivos). El autoconcepto se midió con la Escala de Autoconcepto de Piers-Harris, que contiene 80 reactivos (ej. yo soy nervioso, yo soy buena persona) que se responden si-no. Estas pruebas han mostrado confiabilidad y validez en un gran número de estudios. Los resultados revelaron que las madres adolescentes de familias intactas tienen un autoconcepto significativamente más positivo que aquellas madres provenientes de familias con padres separados.

En otro estudio, Isberg, Hauser, Jakobson, Powers, Noam, Weiss y Follansbe (1989) analizaron la relación entre las conductas de los padres y el autoconcepto de los adolescentes. La muestra consistió en un grupo de 95 adolescentes, con ambos padres, reclutados en múltiples escenarios (38 adolescentes hospitalizados en un psiquiátrico, 38 diabéticos y 22 normales de secundaria). El autoconcepto se midió a través del inventario de Autoconcepto de Coopersmith, también se aplicó el "Test de Desarrollo del Ego", y en una sesión familiar (separando a los miembros de la familia, es decir, a los padres y a los hijos) se aplicó la entrevista de Juicio Moral de Kohlberg, grabando las respuestas para posteriormente hacer su análisis. Se encontró que los hombres tienen más asociaciones entre autoconcepto e interacción parental que las mujeres, siendo los hombres psiquiátricamente enfermos los que presentan las asociaciones más altas.

En un estudio realizado en México, Muñis (1994) buscaba conocer si el concepto de los padres influye en el autoconcepto del niño. La muestra consistió en 200 estudiantes de sexto de primaria (escuelas públicas y privadas). Sus edades fluctuaron entre los 9 y los 14 años. Para medir el autoconcepto utilizó la Escala de Autoconcepto de Andrade y Pick (46 adjetivos bipolares); para medir el concepto que tiene el niño de sus padres se utilizó un diferencial semántico donde el niño tenía que describirlos. Ambas pruebas se aplicaron grupalmente. Encontraron que la percepción que tiene el niño de cada uno de sus padres influye en el nivel de autoconcepto.

El aspecto evaluativo del autoconcepto y su relación con los estilos de crianza se ha abordado en contadas ocasiones. Hay investigación abundante sobre autoconcepto o estilos de crianza, pero ésta se hace relacionándolos con otros temas. Generalmente la relación existente entre éstos dos conceptos no se cubre específicamente en los estudios, sino que se da como una conclusión meramente lógica, por lo que ésta difícilmente arroja datos específicos derivables en recomendaciones concretas. En otras ocasiones, los investigadores dan por supuesto que ciertas prácticas de crianza tendrán como resultado ciertos efectos en los sujetos, midiendo pocas veces la relación existente. La mayor parte de las investigaciones sobre el autoconcepto se han enfocado a medirlo por sí mismo o a relacionarlo con otros tópicos distintos de los estilos de crianza (clase social, género, escuela, seguridad). Respecto a los estilos de crianza, generalmente se abordan en las teorías de educación, modelos de crianza, relaciones padre-hijo, pero muy rara vez relacionándolos con el autoconcepto.

Dentro de éste contexto, el presente trabajo intenta contribuir a una mejor comprensión en la relación existente entre la parte evaluativa del autoconcepto y aspectos replicables de los estilos de crianza. Adicionalmente, en base a estudios que señalan que el autoconcepto negativo se asocia con la desesperanza, se añadieron al presente análisis reactivos que se relacionan con esta variable. Otro aspecto que también se revisa son las diferencias por género.

En los estudios anteriormente realizados generalmente se trabajó con muestras pequeñas y poco representativas, con poblaciones previamente identificadas, no hubo control en las instrucciones a fin de no inducir respuestas. En el presente estudio se trabajó con una muestra mayor y aleatoria tomada de una

población abierta, típica de adolescentes escolares mexicanos, utilizando la comparación de grupos contrastados y un instrumento confiable y sensible, que permite considerar aspectos específicos de la crianza que están relacionados con los aspectos evaluativos del autoconcepto. El autorreporte anónimo utilizado facilita a los individuos contestar con mayor confianza y veracidad a los reactivos. Otro aspecto importante fue cuidar que los aplicadores se entrenaran adecuadamente.

El presente estudio se ubica en el contexto de la desadaptación psicológica como un problema socialmente relevante, del cual el autoconcepto es componente central. Los objetivos de la presente investigación incluyeron conocer con mayor cercanía éste problema dentro de nuestro contexto socio-cultural, contar con una estimación de su incidencia en una población normal, conocer las diferencias por género, así como intentar la detección, en su caso, de secuelas emocionales en los adolescentes. La edad se delimitó entre los 15 y los 20 años.

Se busca que estudios como el elaborado en el presente trabajo ayudarán a tener una noción más sistemática de la posible etiología interactiva de tales tópicos y facilitarán tanto la comprensión de su desarrollo natural, como el diseño de campañas preventivas para la promoción de la salud mental. Esto posibilita una atención especializada y acciones preventivas de alta eficacia e impacto social.

METODO

SUJETOS

Participaron 2909 adolescentes escolares, el 50.26% hombres (1462) y el 49.74% mujeres (1449); alumnos de catorce planteles de un sistema público de bachillerato ubicados en 14 diferentes puntos de la Ciudad de México. La edad de los sujetos osciló entre los 15 y los 20 años, con una media de 17/3 años.

MUESTREO

La selección de los sujetos se realizó aleatoriamente, mediante un muestreo probabilístico, estratificado. Probabilístico, en el sentido de que todos los grupos académicos de alumnos tuvieron la misma probabilidad de formar parte de la muestra. Estratificado, en cuanto a que aleatoriamente se eligió por lo menos un grupo de los siguientes tres estratos: a. turno, b. plantel y, c. años de escolaridad.

INSTRUMENTO

Se utilizó el Inventario de Salud, Estilos de Vida y Comportamiento (SEVIC, Hernández y Sánchez Sosa, 1990), que contiene 204 reactivos con escalas con cinco opciones de respuesta y se divide en dos secciones: la primera consta de 98 reactivos que exploran el deterioro de la salud psicológica, en términos de problemas adaptativos frecuentes, tales como dificultades al relacionarse interpersonalmente, percepciones distorsionadas del ambiente, preocupaciones o miedos irracionales, deficiencias conductuales, práctica excesiva de alguna conducta que interfiere con el funcionamiento adecuado, quejas somáticas, autoevaluación, y desviaciones de conducta que suelen conducir a sanciones sociales severas.

La sección de estilos de crianza e interacción familiar consta de 106 reactivos que recolectan datos sobre variables de crianza, relación con hermanos, padres, maestros y compañeros; problemas conductuales de los progenitores tales como alcoholismo y otras adicciones, prácticas afectivas, prácticas y problemas relacionados con la sexualidad, relaciones laborales, amistades y escuela. Finalmente, 14 reactivos exploran las principales características sociodemográficas de los participantes.

Se utilizaron como fuentes de validación de contenido los reactivos que hubieran mostrado una documentación confiable en la literatura de investigación, además de utilizar en su diseño los procedimientos generalmente aceptados en la construcción de instrumentos de encuesta. Así, la selección de los signos de desajuste psicológico y de características específicas de estilos de crianza e interacción familiar (Sánchez-Sosa y Hernández, 1991), se realizó con el siguiente criterio: los signos de deterioro adaptativo se basaron en las descripciones taxonómicas de sistemas clasificatorios como el DSM -III-R, con la exclusión de cuadros clínicos que implican una ruptura funcional con la realidad. De esta manera, se incluyen prácticamente todas aquellas categorías clínicas consideradas bajo el rubro de los desórdenes de la personalidad, en descripciones y escalas de fácil comprensión y acceso.

Se refinaron los reactivos en su claridad y pertinencia, hasta lograr un grado de consistencia interjueces no menor al 80%; la consistencia de la pertenencia de los reactivos en áreas generales de agrupación, con base en el análisis de respuestas de una muestra de 3700 adolescentes, arrojó valores alfa de Crombach que oscilan entre el .68 y el .80. Se condujo un ANOVA para la escala de trastornos de la personalidad, y por medio del análisis de componentes principales se extrajeron 19 factores (valores Eigen entre 11.025577 y 1.01063) que explicaron el 56.6% de la varianza total. La rotación varimax convergió en 17 interacciones. El criterio de selección de los reactivos dentro de cada factor fue de una correlación variable factor de 0.40 o más, excluyendo a las variables que no alcanzaron el criterio. Por otro lado, el análisis factorial de la escala de estilos de crianza e interacción familiar extrajo 15 factores (valores Eigen entre 9.796551 y 1.00326) que explicaron el 58.3% de la varianza total. La rotación varimax convergió en 21 interacciones, habiéndose obtenido cinco factores que explican el 37.4% de la varianza total, una vez aplicado el criterio de 0.40 o más.

Para elegir los reactivos relacionados con el autoconcepto se contrastaron algunas preguntas del SEViC con otras escalas diseñadas al efecto (Andrade y Pick, 1986; La Rosa, 1986; La Rosa y Díaz -Loving, 1991). Una vez identificados, se eligieron dos: uno relacionado exclusivamente con autoevaluación ("siento que no valgo mucho") y otro con un efecto de desesperanza ("tengo poca esperanza de resolver mis problemas").

Se analizaron los reactivos que tienen que ver con la autoevaluación, desesperanza, estilos de crianza y género. Los reactivos que miden autoevaluación pertenecen a una categoría que mide los trastornos de la personalidad, y obtuvieron una calificación interjueces mayor al .90 (Hernández, 1993).

DISEÑO EXPERIMENTAL

Se utilizó un diseño de dos grupos contrastados (Zinser, 1987), analizando también por separado hombres y mujeres. Se procedió a contrastar los datos totales de aquellos sujetos (hombres y mujeres) con los valores más altos y más bajos en las variables autoevaluación y desesperanza, con los reactivos relativos a estilos de crianza. Se trató de un estudio correlacional, ya que se buscó una asociación entre dos grupos de variables: 1) la presencia de una alta o baja autoevaluación y, 2) las variables donde los grupos difirieron respecto a los estilos de crianza de sus padres funcionales (reales o adoptivos).

PROCEDIMIENTO

Una vez seleccionados aleatoriamente los grupos escolares de alumnos que formaron la muestra, se reclutó un grupo de catorce aplicadores que tuvieran las siguientes características: 1) ser docentes de los planteles donde se aplicaron las encuestas; 2) tener experiencia no menor a cinco años en el manejo de grupos académicos; 3) interés en participar en el estudio como aplicador; 4) un conocimiento cercano del instrumento; 5) completar exitosamente una sesión intensiva de adiestramiento, con el fin de estandarizar el procedimiento de presentación de instrucciones a los sujetos y conducción de las sesiones de recolección de datos.

Los sujetos contestaron en hojas de lectura óptica. Las instrucciones dadas a los alumnos fueron las siguientes:

"Este cuestionario trata de investigar cómo algunos problemas de salud pueden deberse a muchas de las cosas que hacemos todos los días. También se trata de buscar maneras de mejorar nuestro bienestar y salud y de nuestra familia. El cuestionario es completamente anónimo, no escribas tu nombre ni hagas anotaciones

que te puedan identificar. Esta identificación se usará exclusivamente con fines de análisis estadístico y para diseñar programas preventivos y de ayuda. No hay respuestas buenas ni malas. Por favor contesta las preguntas con toda franqueza, diciendo la verdad. Trata de no dejar ninguna pregunta sin contestar.

La mayoría de las preguntas empiezan con una parte escrita y después tienen varias posibilidades para escoger. Por favor, escoge la opción que mejor refleje tu propio caso, rellenando completamente el circuitito correspondiente en la hoja de respuestas, como se muestra en el ejemplo más adelante. Recuerda, no hay respuestas buenas ni malas, por tanto, no te preocupes por puntajes ni calificaciones.

Lee cada pregunta o enunciado y contesta con la verdad. Recuerda que de este estudio se podrán derivar recomendaciones muy útiles para ti mismo o para otras personas y familias. Si tienes alguna duda o pregunta, con toda confianza preguntanos y con mucho gusto te orientaremos.

La primera parte del cuestionario contiene información general de una lista de problemas de salud que cualquiera de nosotros puede tener en distintos momentos de nuestra vida. La segunda parte tiene preguntas o enunciados sobre nuestra historia familiar o personal. No escribas ni hagas marcas en éste cuestionario..."

Una vez que el aplicador explicaba el propósito del estudio, y distribuía los inventarios, no había intervención alguna de su parte, excepto en el caso de que hubiera preguntas por parte de algún alumno.

Para realizar el análisis de las respuestas al inventario, se determinó un punto de corte que se definió como "límitrofe" con base en la frecuencia de ocurrencia del problema. De las cinco opciones (siempre o casi siempre [más de 80% de las veces]; frecuentemente [60% a 80% de las veces]; a veces sí, a veces no [40% a 80% de las veces]; pocas veces [20% a 40% de las veces]; nunca o casi nunca [menos de 20% de las veces]) posibles para contestar en cada reactivo (ej. "siento que no valgo mucho"), se agruparon las respuestas en la opción más alta (siempre o casi siempre), y a la opción más baja (nunca o casi nunca), a lo que se llamó "nivel alto" (mayor al 80% del tiempo) y "nivel bajo" (menor al 20% del tiempo) respectivamente.

TRATAMIENTO ESTADISTICO

Se realizaron tres tipos de análisis sobre los datos: 1) análisis de frecuencias ; 2) correlación de Pearson; y 3) Chi cuadrada a través del análisis con tablas de contingencia (crosstabs); Likelihood ratio y Mantel-Haenszel.

Con el análisis de frecuencias se revisaron características de la muestra tales como la edad, el grado de escolaridad, el género y el estado civil. También se obtuvieron tablas de frecuencias y porcentajes que correspondieron a los reactivos: siento que no valgo mucho, y tengo poca esperanza de resolver mis problemas.

Se realizó una correlación de Pearson entre dos reactivos ("siento que no valgo mucho" y "tengo pocas esperanzas de resolver mis problemas") y la segunda sección del SEViC, que evalúa los posibles factores de riesgo o predictores, es decir, los estilos de crianza e interacción. Este análisis se hizo para conocer la relación entre los factores de crianza y la autoevaluación. Se utilizó el coeficiente de correlación de Pearson con base en que se cree que existe una distribución normal en la incidencia de problemas de autoevaluación en la población. La estimación de frecuencia en cada reactivo se distribuyó a lo largo de intervalos aparentemente iguales, permitiendo la suposición estadística de un nivel de medida cercano al intervalar.

Con la Chi Cuadrada se conoció la significancia de las diferencias de crianza entre los grupos con alta y baja autodevaluación. Se realizó un análisis para los hombres y otro para las mujeres. Los requisitos de medida de esta prueba no rebasan el nivel nominal ni suponen una distribución normal; los datos se expresan en frecuencias, y debe haber como mínimo, cinco frecuencias por categoría de respuesta. Likelihood ratio-chi cuadrada es una prueba basada en la teoría de la máxima probabilidad y se utiliza en el análisis de datos categóricos. Para muestras grandes, las pruebas de Pearson y likelihood ratio-chi cuadrada dan los mismos resultados. Mantel-Haenszel es una medida de asociación lineal entre las variables de las filas y las variables de las columnas en una tabla de contingencias. Se computa al multiplicar el cuadrado del coeficiente de correlación de Pearson por el número de casos menos uno. El estadístico resultante tiene un grado de libertad.

RESULTADOS

A través del coeficiente de Pearson y las tablas de contingencia, el reactivo "siento que no valgo mucho" mostró una correlación alta y significativa ($p < .00001$, con 20% o menos en celdas vacantes de frecuencias esperadas) con los siguientes reactivos de la porción del inventario acerca de estilos interactivos y de crianza en la muestra de hombres:

- a) "Durante mi niñez o adolescencia temprana, tuve experiencias emocionalmente fuertes, negativas o que me angustiaron mucho".
- b) "Mi padre decía cosas de mí, que querían decir que yo era tonto o inútil, o me comparaba negativamente con otros".
- c) "Cuando mi padre me castigaba, usaba castigo físico (me pegaba)".
- d) "Mi padre tomaba mucho alcohol".
- e) "En general, mi relación con mis hermanos ha sido".
- f) "Cuando yo hacía un esfuerzo especial para hacer algo bien, me lo reconocían".
- g) "En general, la manera como me llevo (o llevaba) con mi padre es (o era)".

Y en la muestra de mujeres fueron:

- a) "Durante mi niñez o adolescencia temprana, tuve experiencias emocionalmente fuertes, negativas o que me angustiaron mucho".
- b) "Cuando mi padre me castigaba, usaba castigo físico (me pegaba)".
- c) "Cuando yo hacía un esfuerzo especial para hacer algo bien, me lo reconocían".
- d) "Yo tenía confianza en mi madre como para platicarle algo muy personal de mi mismo".
- e) "Cuando yo era chico mi madre mostraba interés en mis opiniones".
- f) "Cuando me enfrentaba a una situación nueva o a un problema, mi madre me apoyaba o reconfortaba".
- g) "En general, la forma como me llevo (o llevaba) con mi es (o era)".

La prueba Chi Cuadrada reveló para los mismos reactivos, las siguientes diferencias entre los porcentajes de sujetos que presentan una alta y una baja autoevaluación. En relación con los estilos de crianza, todas las diferencias entre los reactivos son significativas, con una probabilidad asociada de ocurrencia menor que

0.0001. Estos reactivos son:

- a) Experiencias negativas: $X^2=69.35$
- b) Comparación negativa -Padre: $X^2=47.65$
- c) Padre aplicaba castigo físico: $X^2=18.74$
- d) Mi padre tomaba mucho alcohol: $X^2=4.04$
- e) Mala relación con hermanos: $X^2=53.18$
- f) Ningún reconocimiento por parte de padres: $X^2=75.56$
- g) Mala relación con Padre: $X^2=70.66$
- h) Madre nunca apoyaba: $X^2=58.05$
- i) Tenía confianza en Madre p/asuntos personales: $X^2=59.07$
- j) Madre aplicaba castigo físico: $X^2=47.58$
- k) Madre mostraba interés en mis opiniones: $X^2=44.73$

Las figuras uno y dos muestran las distribuciones porcentuales de los sujetos (hombres y mujeres), en relación con la autoevaluación y contrastados en función a los estilos de crianza utilizados por sus padres. En cada caso, la abscisa muestra el porcentaje de sujetos que contestó haber experimentado alguno de dos valores (de los cinco posibles), del tipo específico de interacción con los padres durante la niñez. Los símbolos de cada punto de dato en la gráfica (círculo o cuadrado) unidos por una línea, representan a los sujetos contrastados en términos de la frecuencia con que refirieron padecer una alta o una baja autoevaluación. La etiqueta "autoevaluación" denota a los sujetos que "nunca o casi nunca" refieren tener episodios de "autodevaluación"; la etiqueta "autodevaluación" denota a los que refieren sufrir éstos episodios "siempre o casi siempre". Así, en términos de incidencia, autoevaluación implica que menos de 20% de las veces el sujeto experimenta tener autodevaluación.

La figura 1 muestra la distribución porcentual de los sujetos hombres con autoevaluación y autodevaluación actual, en función a siete distintas variables que tienen que ver con estilos de crianza, y que a continuación se describirá.

Los sujetos masculinos con autodevaluación presentan los siguientes porcentajes: 56.2% en relación a experiencias negativas"; 46.3% en relación con las variables "comparación negativa por parte de mi padre" y "castigo físico por parte de mi padre"; 48.7% en "mi padre tomaba mucho alcohol"; la "mala relación con mis hermanos" mostró un 58.1%; "ningún reconocimiento por parte de mis padres" mostró

Autorreporte de autodevaluación en función de estilos de crianza en adolescentes escolares hombres

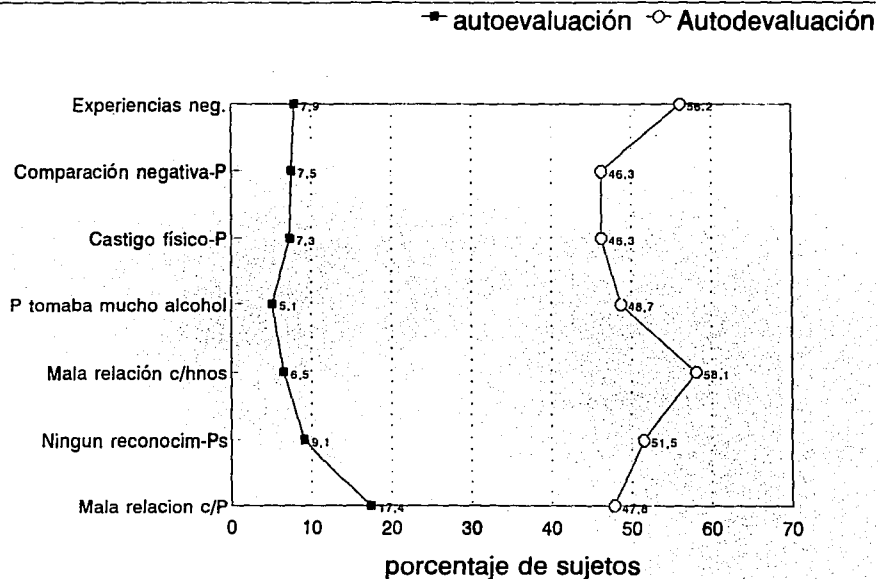


Figura 1

un 51.1%; y la "mala relación con mi padre" un 47.8%. En Contraste, los sujetos masculinos con buena autoevaluación mostraron un porcentaje de 7.9% en el reactivo "tuve experiencias negativas", 7.5% en "comparación negativa por parte de mi padre", 7.3% en "castigo físico por parte de mi padre", 5.1 en "mi padre tomaba mucho alcohol", 6.5% en la "mala relación con mis hermanos", 9.1% en "ningún reconocimiento por parte de mis padres" y, finalmente, 17.4% en la variable "mala relación con mi padre".

La figura 2 muestra los resultados para las diferencias entre los sujetos femeninos con autoevaluación y autodevaluación, en términos del porcentaje, en función a los estilos de crianza.

Los porcentajes que obtuvieron las mujeres respecto a "siempre siento que no valgo mucho" en relación a "experiencias negativas" fue de 48.9%, a "castigo físico por parte de mi madre" fue del 45.9%, a "ningún reconocimiento por parte de mis padres" fue de 42.9%, a "confianza asuntos personales-madre" fue de 42.7%, a "poco interés por parte de mi madre" fue de 41.9%, a "mi madre nunca me apoyaba" fue de 35% y a la "mala relación con mi padre" fue de 27.6%. En contraste, los porcentajes que obtuvieron las mujeres respecto a "nunca siento que no valgo mucho" en relación a "experiencias negativas" fue de 4.3%, a "castigo físico por parte de mi madre" fue de 8.2%, a "ningún reconocimiento por parte de mis padres" fue de 4.1%, a "confianza asuntos personales-madre" fue de 1.8%, a "poco interés por parte de mi madre" fue de 2.3%, a "mi madre nunca me apoyaba" fue de 5% y, por último, respecto a la "mala relación con mi padre" fue de 13.8%.

En relación al análisis del reactivo "tengo poca esperanza de resolver mis problemas" (desesperanza), también mostró una correlación alta y significativa ($p < .0001$) a través del análisis del coeficiente de Pearson y de las tablas de contingencia de Chi cuadrada (con 20% o menos en celdas vacantes de frecuencias esperadas), con los siguientes reactivos de la porción del inventario sobre estilos interactivos y de crianza (segunda parte), tanto en la muestra de hombres como de mujeres:

- a) "En general, mi relación con mis hermanos ha sido".
- b) "Cuando mi madre me castigaba, usaba castigo físico (me pegaba)".
- c) "Cuando mi padre me mandaba a hacer algo, me lo decía de modo duro u

Autorreporte de autodevaluación en función de estilos de crianza en adolescentes escolares mujeres

■ autoevaluación ○ Autodevaluación

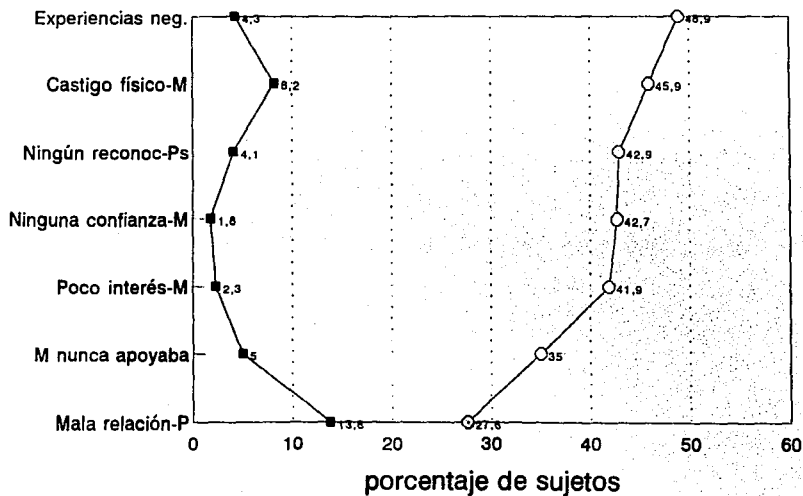


figura 2

ofensivo".

- d) "Mi madre me mostraba su afecto o cariño".
- e) "Mi madre decía cosas de mí que querían decir que yo era "tonto" o inútil", o me comparaba negativamente con otros"
- f) "Cuando mis padres peleaban, amenazaban con dejarse , separarse o divorciarse"
- g) "Cuando yo era chico, alguien abusó sexualmente de mí".

La prueba Chi Cuadrada reveló para los mismos reactivos, las siguientes diferencias entre los porcentajes de sujetos que presentan o no desesperanza. En relación con los estilos de crianza, todas las diferencias entre los reactivos son significativas, con una probabilidad asociada de ocurrencia menor a 0.0001. Los valores específicos por variables fueron:

- a) Mala relación con hermanos: $X^2=213.01$
- b) Castigo físico de la madre: $X^2=223.06$
- c) Mi padre ordenaba ofensivamente: $X^2=423.61$
- d) Escasa expresión de afecto de la madre: $X^2=251.56$
- e) Comparaciones negativas por parte de la madre: $X^2=398.74$
- f) Amenaza de divorcio entre los padres: $X^2=272.13$
- g) Abuso sexual: $X^2=214.85$

Las figuras tres y cuatro muestran las distribuciones porcentuales de los sujetos (hombres y mujeres), contrastados en función de los estilos de crianza utilizados por sus padres. En cada caso, la abscisa muestra el porcentaje de sujetos que contestó haber experimentado alguno de dos valores (de los cinco posibles), del tipo específico de interacción con los padres durante la niñez (aproximadamente de los cinco a los catorce años de edad). Adicionalmente, los símbolos de cada punto de dato en la gráfica (círculo o cuadrado) unidos por una línea, representan a los sujetos contrastados en términos de la frecuencia con que refirieron padecer una alta o una baja esperanza de resolver sus problemas. La etiqueta "muchas esperanzas" denota a los sujetos que "nunca o casi nunca" refieren tener episodios de "poca esperanza de resolver problemas"; la etiqueta "poca esperanza" denota a los que refieren sufrir éstos episodios "siempre o casi siempre". Así, en términos de incidencia, "muchas esperanzas" implica que menos de 20% de las veces experimenta tener poca esperanza.

Autorreporte de desesperanza en función de estilos de crianza en adolescentes escolares hombres

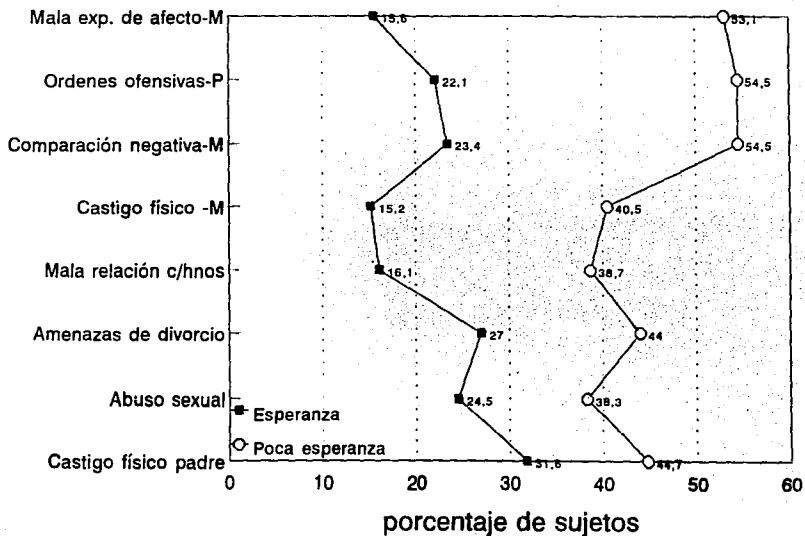


Figura 3.

Autorreporte de desesperanza en función de estilos de crianza en adolescentes escolares mujeres

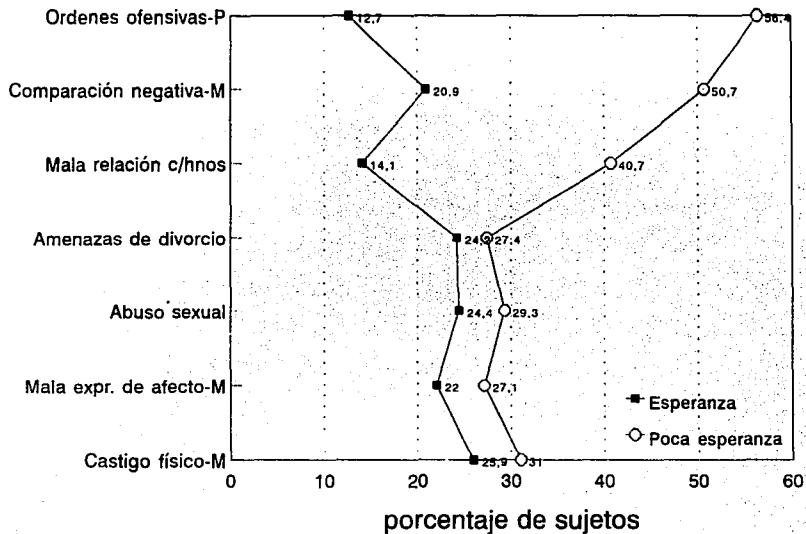


figura 4

La figura 3 muestra la distribución porcentual de los sujetos hombres con mucha y con poca esperanza actual, en función de siete distintas variables que tienen que ver con estilos de crianza, y que a continuación describiremos.

Los sujetos masculinos con poca esperanza de resolver sus problemas presentan los siguientes porcentajes: 53.1% en relación a la "mala expresión de afecto por parte de la madre"; 54.5% en las variables "órdenes ofensivas por parte del padre" y "comparación negativa por parte de la madre"; 40.5% en el "castigo físico por parte de la madre"; la "mala relación con mis hermanos" mostró un 38.7%; las "amenazas de divorcio" un 44%; el "abuso sexual" un 38.3%; y el "castigo físico por parte del padre" un 44.7%. En contraste, los sujetos masculinos con buena esperanza de resolver sus problemas mostraron un porcentaje de 15.6% en la "escasa expresión de afecto de la madre", 22.1% en "órdenes ofensivas por parte del padre", 23.4% en "comparación negativa por parte de la madre", 40.5% en relación al "castigo físico por parte de mi madre", 38.7% en la "mala relación con mis hermanos", 44% respecto a las "amenazas de divorcio", 38.3% en relación de los sujetos que sufrieron abuso sexual y, finalmente, 44.7% en la variable "castigo físico por parte del padre".

La figura 4 muestra los resultados para las diferencias entre los sujetos femeninos con poca y con mucha esperanza de resolver problemas, en términos del porcentaje, en función a los estilos de crianza.

Los porcentajes que obtuvieron las mujeres respecto a "tengo poca esperanza de resolver mis problemas" en relación a "órdenes ofensivas por parte del padre" fue de 56.4%, a "comparación negativa de la madre" fue del 50.7%, a la "mala relación con los hermanos" fue de 40.7%, a "amenazas de divorcio" fue de 27.4%, a "abuso sexual" fue de 29.3%, a la "mala expresión de afecto por parte de la madre" fue de 27.1% y al "castigo físico por parte de la madre" fue de 31%. En contraste, los porcentajes que obtuvieron las mujeres en relación a "tengo esperanza de resolver mis problemas" en relación a "órdenes ofensivas del padre" fue de 12.7%, a "comparación negativa por parte de la madre" fue de 20.9%, a "mala relación con los hermanos" fue de 14.1%, a "amenazas de divorcio" fue de 24.25, a "abuso sexual" fue de 24.4%, a "malas expresiones de afecto" fue de 22% y, por último, respecto al "castigo físico", fue de 25.9%.

DISCUSIÓN

Los objetivos del presente estudio fueron explorar e identificar, en una población aparentemente sana de adolescentes escolares, la forma en que los estilos de crianza se asocian con la porción autoevaluativa del autoconcepto, además de conocer las diferencias por género, y contar con una estimación de su incidencia en una población aparentemente sana de 2909 adolescentes escolares mexicanos.

Los resultados del presente trabajo señalan que existen estilos de crianza relativamente específicos, que pueden funcionar como predictores de un autoconcepto y una autoestima devaluadas, con todas las implicaciones individuales y sociales asociadas a ellas. En el caso de esta investigación se estudió la asociación entre los estilos de crianza con la autodevaluación y la desesperanza. El monto de las diferencias para los valores escalares que denotaron un bajo autoconcepto y una baja autoestima, así como los de los sujetos con valores altos en estas mismas características fueron más allá de lo esperado aleatoriamente, en un nivel superior a un caso en diez mil.

Los resultados señalaron diferencias altas y estadísticamente significativas entre el grupo con un autoconcepto positivo y el grupo con un autoconcepto negativo. Los resultados revelaron que tanto hombres como mujeres señalaban siete quejas respecto a la autodevaluación (con tres en común). Por otra parte, se encontraron ocho quejas principales en los hombres respecto a la desesperanza, mientras que las mujeres mostraron siete en común respecto a este mismo problema. Estos resultados son consistentes con los hallazgos de otras investigaciones que señalaban algunos estilos de crianza similares (Delval y Gómez, 1988; Papalia, 1988; Triana, 1991; Casas, 1992), relacionados con la desesperanza o la autodevaluación

Entre los estilos de crianza que generan autodevaluación en los hombres, destacan aquellos con padre bebedor excesivo, siendo la frecuencia de este problema más de nueve veces mayor en comparación con aquellos cuyo padre no tomaba alcohol. Otro caso extremo se presentaba cuando el sujeto no tenía buena relación con sus hermanos, siendo la frecuencia de este problema casi nueve veces mayor que aquellos sujetos que, por el contrario, sí presentan una buena relación con ellos. Casos menos extremos se presentaban cuando el padre los comparaba negativamente o los castigaba, o también cuando tenían alguna experiencia negativa

en su infancia, siendo la frecuencia de ocurrencia entre seis y siete veces en comparación con aquellos sujetos que no presentaban estos problemas.

En el caso de las mujeres, entre los estilos de crianza que generan autodevaluación, destaca dramáticamente el problema de tener poca confianza en la madre, ya que su frecuencia es de casi 24 veces, en comparación con aquellas mujeres que sí tenían esa confianza. Otra diferencia notoria que se daba entre las mujeres autodevaluadas, era cuando la madre mostraba poco interés en ellas, siendo la frecuencia de presentación del problema 18 veces mayor que en aquellas mujeres cuya madre mostraba gran interés. Distancias grandes pero menos extremas, se daban cuando su madre las castigaba físicamente o cuando tenían alguna experiencia negativa durante su infancia, siendo la diferencia de ocurrencia del problema entre 10 y 11 veces más que aquellas mujeres que no se autodevaluaban.

Los resultados apuntan que entre los estilos de crianza que generan desesperanza, destaca, en el caso de los hombres, la poca expresión de afecto por parte de la madre, siendo la probabilidad de esta queja casi cuatro veces mayor que en aquellos sujetos que sí tenían esperanza de resolver sus problemas. Casos menos extremos fueron aquellos donde el sujeto recibía castigo físico por parte de la madre, así como cuando tenía una mala relación con sus hermanos, donde la probabilidad era casi de tres a uno.

En el caso de las mujeres la probabilidad respecto a la desesperanza fue muy parecida, cuando recibía órdenes ofensivas por parte de la madre, la probabilidad de presentar una gran desesperanza era poco más de cuatro veces mayor que en aquellas mujeres que sí tenían esperanza de resolver sus problemas. Casos menos extremos fueron aquellos en donde el sujeto presentaba una mala relación con sus hermanos, o cuando sus padres amenazaban con el divorcio, siendo la probabilidad de ocurrencia de poco más del doble en el caso de la desesperanza.

Como muestran los resultados, hay variables en la crianza que afectan más a uno u otro de los sexos, aunque hay otras que los afectan por igual. Respecto a la autodevaluación, se encontraron mayor cantidad de variables que afectan más a uno u otro sexo. En este caso, los resultados en los hombres presentaban una mayor relación en su interacción con el padre, mientras que las mujeres es de acuerdo a su

interacción con la madre. La autodevaluación en los hombres tenía que ver con la comparación negativa, el castigo físico y el exceso de alcohol por parte del padre. En cambio, a las mujeres les afectaba más que la madre las castigara, les mostrara poco interés, no brindara ningún apoyo de su parte y no les tuviera confianza. Este resultado concuerda con los hallazgos de Sánchez-Sosa y Hernández (1992) en el sentido de que es posible que el padre maltrate más a sus hijos que a sus hijas, razón por la cual este resultado es más alto en los hombres.

Otro aspecto de la autodevaluación que afectaba más a los hombres que a las mujeres era cuando tenían una mala relación con sus hermanos.

Y respecto a la desesperanza, se encontró que el castigo físico del padre sólo afectaba de alguna forma a los hombres, no sucediendo esto de manera importante en el caso de las mujeres.

Las prácticas de crianza inadecuadas generaron los sentimientos de autodevaluación y desesperanza que se reflejaron a través de signos desadaptativos como deformaciones en la imagen corporal, problemas en la conformación y formación de la identidad personal, sentimientos de inseguridad y minusvalía, además de deficientes relaciones sociales, disminución de las capacidades personales, fracaso escolar, depresión, ansiedad y algunos otros problemas.

El significado de los resultados encontrados en el presente estudio ayuda a la detección de factores de riesgo como la deformación en la autoimagen, estableciendo parámetros para medir y analizar la calidad de la interacción familiar, especialmente la que se refiere a los estilos de crianza. Estos hallazgos pueden ayudar al diseño de intervenciones en conductas familiares capaces de contribuir a la prevención de algunos tipos de deterioro psicológico.

Los resultados de la presente investigación extienden y añaden especificidad a los estudios que analizan variables más gruesas, como por ejemplo la evaluación del sí mismo y la familia (Parish y Parish, 1983), donde únicamente se mide el nivel de autoconcepto y su relación con familias integradas o desintegradas, sin abundar en análisis más finos. En el estudio realizado por Bishop e Ingersoll (1989), se revisan únicamente los efectos producidos por la estructura familiar y los conflictos maritales en el nivel del autoconcepto en mujeres adolescentes, sin explorar si el tipo de

crianza utilizado por los padres influye de alguna manera. En el estudio realizado por Isberg et al. (1989) se analizó la relación entre las conductas de los padres y el autoconcepto de los adolescentes. En este estudio no se mencionan cuales fueron las conductas de los padres relevantes para el nivel de autoconcepto de sus hijos. Lo único que resulta de ese estudio es que sí existe una relación entre la interacción parental y el autoconcepto.

Los valores de la "r" de Pearson en el presente estudio fueron altamente significativos, probablemente debido al tamaño de las muestras usadas.

Con referencia a las críticas dirigidas a los inventarios de autorreporte en las investigaciones, podemos indicar que en este caso, la fraseología utilizada en los reactivos del cuestionario fue con un lenguaje sencillo, claro y accesible, auxiliándose de sinónimos y en ocasiones de términos coloquiales. Además, los reactivos fueron refinándose en claridad y pertinencia a lo largo de varias versiones sucesivas del instrumento, hasta alcanzar un grado de consistencia interjueces no menor al 80%. Con base en un análisis de las respuestas, se midió la consistencia de la pertenencia de los reactivos en una muestra de 3400 adolescentes, obteniéndose valores alfa que oscilaron entre .68 y .80.

Otra crítica factible a otros estudios, es respecto a sus formas de medición, específicamente a las opciones de respuesta, es decir, cuando los sujetos no tienen nada que responder, o que no saben como hacerlo, y se ven forzados a ello; a diferencia del instrumento utilizado en este trabajo, contrarrestándose así con la inclusión una ocurrencia precisa del problema (ej. del 40% al 60% del tiempo), contemplándose además el "nunca" o el "casi nunca".

Los resultados del presente estudio se pueden ubicar en dos vertientes principales: en primer lugar, es posible identificar aquellos estilos de crianza que se asocian con secuelas emocionales como la autodevaluación y la desesperanza; en segundo lugar, el psicólogo puede disponer de información válida de aquellas variables que más se relacionan con el deterioro psicológico, con lo que estará más capacitado para crear y desarrollar programas de prevención, así como para llevar a cabo escuelas de padres donde se revisen tipos de crianza adecuados e inadecuados para la educación de sus niños.

Sería conveniente, para comprender mejor la relación entre autoconcepto y estilos de crianza, incluir más variables relacionadas con el autoconcepto, tales como: "los problemas me afectan...", "quisiera cambiar muchas cosas de mí", "no soy popular", "soy simpático", "me cuesta trabajo aceptarme". Sería esclarecedor conocer cómo afecta esta relación entre autoconcepto y estilos de crianza la vida diaria y el desempeño personal del individuo. Otro aspecto relevante para la presente investigación sería aclarar lo que es una mala relación con los hermanos, haciendo preguntas más específicas sobre este aspecto. Por último, sería importante investigar adecuadamente el desarrollo, el curso y la estabilidad del nivel de autoconcepto en el individuo. La aclaración de estas cuestiones es de fundamental importancia para entender mejor lo prominente del problema y mejorar los métodos de prevención y tratamiento, disminuyendo así los factores de riesgo como las consecuencias que trae un autodevaluación.

ESTA TESIS NO DEBE
SALIR DE LA BIBLIOTECA

BIBLIOGRAFIA

- Acuña, L. y Bruner, C. (1991). Autoconcepto y su relación al género. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, 7(1), 21-30.
- Acuña, L. y Bruner, C. (1992). Autoconcepto en función de elecciones vocacionales. *La Psicología Social en México*, 4, 179-185.
- Acuña, L. y Bruner, C. (1993). Relación entre roles sexuales y Autoconcepto en México. *Memorias del Primer Congreso Internacional de Psicología y Salud*, 23-29.
- Aguilar, J. (1989) Autocrítica, autoestima y necesidades de afecto. Medición e interrelaciones. *Acta Psicológica Mexicana*, 4(1), 9-14.
- Andrade, P., Pick, S. (1986). Una escala de autoconcepto para niños. *La Psicología Social en México*, 1, 517-522.
- Baker, M. (1985). Career women and self-concept. *International journal of women's studies*, 8, 214-227.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning approach*. Englewood Cliffs, N. J.: Prentice Hall.
- Baños, R., Perpiñá, C. y Belloch, A. (1990) Conocimiento de sí mismo y depresión: el implacable) espejo del deprimido. *Psiquis*, 11, 177-183.
- Barbero, M. y Molina, F. (1989) Depresión, autoaceptación y relaciones interpersonales. *Psiquis*, 11, 136-148.
- Baumrind, D. (1967). Child care practices anteceding three patterns of preschool behavior. *Genetic Psychology behavior*, 75, 43-88
- Bishop, S. e Ingersoll, G. (1989). Effects of marital conflict and family structure on the self concept of pre and early adolescents, *Journal of Youth and Adolescence*, 18 (1), 25-38.
- Boy, E., García, L. y Torreblanca, A. (1985). Importancia del vínculo materno filial en el sentimiento de seguridad. *Revista Mexicana de Psicología*, 2(1), 29-32.
- Caplan, G. y Lebovici, S. (1973). *Psicología Social de la adolescencia*. Buenos Aires: Paidós.
- Casanova, E. (1993). El desarrollo del concepto de sí mismo en la teoría fenomenológica de la personalidad de Carl Rogers. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 46(2), 177-186.
- Casas, F. (1992). Las representaciones sociales de las necesidades de los niños y de las niñas, y su calidad de vida. *Anuario de Psicología*, 53, 27-45.
- Chapper, K. (1991). *Posibles efectos del autoconcepto en relación con el desarrollo del SIDA*. Tesina de Licenciatura, UNAM: Facultad de Psicología.

- Clemente, R. y Díaz, M. (1992). Estatus social en el grupo infantil y variables conductuales y comunicativas implicadas. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 45(1), 83-90.
- Conger, J. (1980). *Adolescencia, Generación Presionada*. Harla: México.
- Coopersmith, S. (1967). *The antecedents of self-esteem*. San Francisco: Freeman Press.
- Corral, L., Alva, I., Ortiz, J. (1990) Los efectos de la institucionalización en la calidad de vida y el autoconcepto en ancianos. *La Psicología Social en México*, 3, 168-172.
- Corres, P. (1994). El Autoconcepto y la familia. Comunicación verbal.
- Cruz, M. (1992). *Estudio comparativo del autoconcepto en cuatro circunstancias reproductivas diferentes: embarazo normal, embarazo de alto riesgo, esterilidad y oclusión tubaria bilateral*. Tesis de licenciatura, UNAM: Facultad de Psicología.
- Delval, J. y Gómez, J. (1988). Dietrich Tiedemann: La psicología del niño hace 200 años. *Infancia y Aprendizaje*, 41, 9-30.
- Dencik, L. (1992). Creciendo en la era postmoderna: El niño y la familia en el estado de bienestar. *Anuario de Psicología*, 53, 71-98.
- Díaz-Loving, R., Díaz-Guerrero, R., Helmreich, R. y Spence, J. (1981). Comparación transcultural y análisis psicométrico de una medida de rasgos masculinos (instrumentales) y femeninos (expresivos). *Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, 1, 3-37.
- Drake, Ch. y McDougall, D. (1977). Effects of the absence of father and other male models on the development of boys sex-roles. *Developmental Psychology*, 13(5), 537-541.
- Fernández, A. y Pedreira, J. (1991). Los malos tratos a la infancia: aproximación psicosocial. *Psiquis*, 12 11-25.
- Fernández, J. (1988). Nuevas perspectivas en el desarrollo de la tipificación sexual y de género. *Estudios de Psicología*, 43, 47-69.
- Fernández, R. (1990). Dogmatismo y Autoestima. *Revista de Psicología General Aplicada*, 43 (4), 507-510.
- Fierro, A. (1990). Autoestima en adolescentes. Estudios sobre su estabilidad y sus determinantes. *Estudios de Psicología*, 45, 85-107.
- Fitts, W. (1965). *Tennessee Self Concept Manual*. Nashville Tennessee: Counselor Recordings and Tests.
- Frías, D., Mestre, V., Barrio, V. y García, R. (1992). Estructura familiar y depresión infantil. *Anuario de Psicología*, 52, 121-131.

- Garbarino, J. y Kostelny, K. (1992). Los malos tratos infantiles como problema comunitario. *Anuario de Psicología*, 53, 137-148.
- García, M. (1987). *Características de Personalidad y Autoconcepto de alumnos reprobados en un colegio de Bachilleres*. Tesis de Licenciatura, UNAM: Facultad de Psicología.
- García, R. e Ingudson, P. (1986). Un estudio transcultural de los antecedentes personales y familiares del concepto de sí mismo. *Revista Mexicana de Psicología*, 3(1), 11-15.
- Garrido, I. (1991). Motivación de logro, diferencias relacionadas con el género y rendimiento. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 44(4), 405-411.
- Gómez, A. (1992). Influencia de la situación familiar en el auto-concepto y seguridad. *La Psicología Social en México*, 4, 200-209.
- Gómez, C., Sos, F., Randall, C. y Vaquero, E. (1991). Estudio Comparado del Comportamiento de Niños educados en un medio ambiente familiar y niños educados en instituciones. Una perspectiva ecológica. *Infancia y Aprendizaje*, 56, 105-122.
- Gómez, G. (1982). Autoestima: Expectativas de éxito o de fracaso en la realización de una tarea. *Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, 2(1), 135-156.
- Gómez, M. (1993). Familia, prevención y salud. *Memoirs del Primer Congreso de Psicología y Salud*, 115-117.
- Gómez, S. (1988). Maltrato infantil: un problema multifacético. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 20(2), 149-161.
- González, A., Ylla, L., Galletero, J., Ballesteros, J., Zupiria, X. y Hurriaga, I. (1993) Autoestima y psicopatología: relación entre el Rosenberg y el SCL-90-R. *Psiquis*, 14(1), 30-34.
- González, J. J. (1989). La función integradora del padre. *Revista Mexicana de Psicología*, 6(2), 189-193.
- González, J., Núñez, J. y Valle, A. (1992). Proceso de comparación externa/interna, autoconcepto y rendimiento académico. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 45(1), 73-81.
- Green, A. (1979). Child Abusing Fathers. *Journal of Child Psychiatry*, 2, 270-282.
- Hernández-Guzmán, L. (1993) Análisis de categorías del SEViC. Material inédito.
- Hernández, L. y Sánchez-Sosa, J. J. (1991). Prevención primaria del deterioro psicológico: factores de riesgo y análisis etiológico a través de un modelo interactivo, *Revista Mexicana de Psicología*, 8 (1,2).

- Hollinger, C., Fleming, E. (1985). Social orientation and the social self-esteem of gifted and talented female adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 14 (5), 389-399.
- Ibáñez, B., Bedolla, C. y Pila, M. (1988). Personalidad y problemas de aprendizaje en niños de bajo nivel socioeconómico. *Revista Mexicana de Psicología*, 5(1), 22-26.
- Isberg, R., Hauser, S. Jacobson, A., Powers, S. Noam, G. Weiss, B. y Follansbee, D. (1989). Parental contexts of adolescent self-esteem: a developmental perspective, *Journal of Youth and Adolescence*, 18 (1).
- Jacobs, L., Berscheid, E., Walster, E. (1971). Self-esteem and attraction, *Journal of personality and Social Psychology*, 17(1), 84-91.
- James, W. (1968). *The self*, En Gordon, C. y Gergen, K. (eds). *The self in social interaction*. New York: John Wiley Sons, Inc.
- Jiménez, M. (1988). Trastornos psicoafectivos en una muestra de niños institucionalizados y su incidencia en el rendimiento escolar. *Psiquis*, 9, 335-351.
- Juste, M. Ramírez, A. y Barbadillo, P. (1991). *Actitudes y opiniones de los españoles ante la infancia*. Madrid: CIS Estudios y Encuesta.
- Lamb, M. (1978). Social interaction in infancy and the development of personality. En M. E. Lamb (ed.), *Social and personality development*, New York: Holt.
- La Rosa, J. (1986). *Escala de Locus de control y Autoconcepto: Construcción y validación*. Tesis de doctorado. UNAM.
- La Rosa, J. (1987). Estereotipos sexuales en estudiantes brasileños. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, 3(1), 41-61.
- La Rosa, J., Díaz-Loving, R. (1991). Evaluación del autoconcepto: Una Escala Multidimensional. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 23 (1), 15-33.
- Lautrey, J. (1978). Structuration de l'environnement familial et développement cognitif. *Cahiers de Psychology*, 21, 99-110.
- Machargo, J. (1992). Eficacia del feedback en la modificación del Autoconcepto académico. *Revista de Psicología General y Aplicada*, 45 (1), 63-72.
- Mariño, M., Medina, M., Chaparro, J. y González, C. (1993). Confiabilidad y estructura factorial del CES-D en una muestra de adolescentes mexicanos. *Revista Mexicana de Psicología*, 10(2), 141-145.
- Marsh, H. (1986) Verbal and math self-concepts: an internal/external frame of reference model. *American Educational Research Journal*, 23, 129-149.
- Marsh, H. y Shavelson, R. (1985). Self-concept: Its multifaceted, hierarchical structure. *Educational Psychologist*, 20, 107-125.

- Maw, W. y Maw, E. (1970). Self-concepts of high and low curiosity boys. *Child development*, 41, 123-129.
- McDavid, J. y Garwood, G. (1970). *Understanding children promoting human growth*. San Francisco: Heath.
- Mouriño, R., Lozada, G., Ríos, M., Coronada, M., Ordoñez, G., Reveles, L., Ruiz, E. y Sandoval, L. (1993). Estudio comparativo de la situación psicosocial de padres maltratadores y no maltratadores en un área urbana. *Primer Congreso de Psicología y Salud*, 199-210.
- Muñiz, A. y Andrade, P. (1990). Concepto del maestro y autoconcepto del alumno. *La Psicología Social en México*, 3, 29-33.
- Muñiz, A. (1994). Concepto de los padres y autoconcepto del niño. *La Psicología Social en México*, 4, 43-48.
- Mussen, C. (1971). *Desarrollo de la Personalidad en el Niño*. México: Trillas.
- Navarro, A. y Steta, C. (1985). Abandono paterno y proclividad al alcoholismo. Una revisión de la literatura. *Revista Mexicana de Psicología*, 2(1), 29-32.
- Neil, A. (1978). *Padres problema y los problemas de los padres*. México: Editores Unidos Mexicanos.
- Oñate, M. (1989). *El Autoconcepto*. Madrid: Narcea.
- Ortiz, M., Abad, M. y López, C. (1986). Influencia de la desvinculación familiar en los procesos psicológicos del niño. *Psiquis*, 7, 53-58.
- Papalia, D., Wendkos, S. (1988). *Desarrollo Humano*. México: McGraw-Hill.
- Papalia, D., Wendkos, S. (1988). *Psicología*. México: McGraw-Hill.
- Parish, T. y Parish, J. (1983). Relationship between evaluations of one's self and one's family by children from intact, reconstituted and single-parent families. *The Journal of Genetic Psychology*, 143, 293-294.
- Paul, J. y San Juan, C. (1992). La representación social de los malos tratos y el abandono infantil. *Anuario de Psicología*, 53, 149-157.
- Porter, B. y O'leary, K. (1980). Marital discord and childhood behavior problems. *Child Psychol*, 8, 287-295.
- Quiroga, H., Echeverría, L., Mata, A. y Ayala, H. (1990). Ambiente familiar percibido por adolescentes farmacodependientes de zonas marginadas. *La Psicología Social en México*, 3, 225-230.
- Reid, L. (1981). Estructura factorial de la autoestima de mujeres del sur del D. F. *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, 1(2), 273-288.
- Río, P. (1992). El niño y el contexto sociocultural. *Anuario de Psicología*, 53, 61-69.

- Rivera, S. y Diaz-Loving, R. (1990). Celos y autoconcepto. *La Psicología Social en México*, 3, 144-149.
- Rivera, S. y Diaz-Loving, R. (1992). Autoconcepto y empatía. *La Psicología Social en México*, 4, 186-192.
- Rogers, C. (1950). *The significance of self-regarding attitudes and perceptions*. En Reymert, M. (Ed.) *Feeling and emotion: The mosseheart Symposium*. New York: Mc Graw Hill.
- Romero, J., Tena, A., Bonilla, M., Garcia, G. y Willcox, R. (1990). Autoconcepto en adolescentes internadas y no internadas. *La Psicología Social en México*, 3, 173-177.
- Rosenberg, R. (1965). *Society and the adolescent self-image*. Princenton, N. J.: Princenton University Press.
- Salgado, R., Santillan, E. (1985). *Estudio sobre la formación del autoconcepto entre adolescentes procedentes de familias integradas y adolescentes procedentes de familias donde falta la figura paterna*. Tesis de Licenciatura. UNAM: Facultad de Psicología.
- Sánchez-Sosa, J. y Hernández-Guzmán, L. (1992). La relación del padre como factor de riesgo psicológico en México. *Revista Mexicana de Psicología*, 9(1), 27-34.
- Sánchez-Sosa, J., Jurado, S., Hernández, L. (1992). Episodios agudos de angustia severa en adolescentes: análisis etiológico de predictores en la crianza y la interacción familiar. *Revista Mexicana de Psicología*, 9 (2), 101-116.
- Schaffer, H. (1979). La socialización y el aprendizaje en los primeros años. *Infancia y Aprendizaje*, 9, 73-83.
- Sebastián, J., Valle, V., Martínez, C., González, E., Fernández, F. y Moreno, B. (1988). Guía documental sobre roles sexuales: masculino y femenino. *Estudios de Psicología*, 43, 96-106.
- Secord, P., Backman, C. (1976). *Psicología Social*. McGraw-Hill: México.
- Servín, J., Requena, H., Cortés, G. (1990). La valoración del autoconcepto en niños. *Enseñanza e investigación en Psicología*, 16(1,2), 96-108.
- Servín, J. (1992). Las expectativas como explicaciones del autoconcepto. *La Psicología Social en México*, 4, 219-228.
- Shavelson, R., Hubner, J. y Stanton, G. (1976). Self concept: validation of construct interpretations. *Review of Educational Research*, 46, 407-441.
- Soto, L. (1992). Relación entre autoconcepto y empatía en un grupo de adultos de neuróticos anónimos de la Ciudad de México. *Resúmenes del VI Congreso Mexicano y II Iberoamericano de Psicología Clínica*

- Tamayo, A. (1982). Autoconcepto, Sexo y Estado Civil. *Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social*, 2 (2), 3-15.
- Torres, I. y Beltrán, F. (1993). La familia y la educación de los hijos. *Psicología y Salud*, 1, 69-74.
- Trafach, G. y Llinás, J. (1993) Locus de control y personalidad en pacientes psiquiátricos. *Psiquis*, 14(10), 334-339.
- Triana, B. (1991). Las concepciones de los padres sobre el desarrollo: Teorías personales o teorías culturales. *Infancia y Aprendizaje*, 54, 19-39.
- Valdés, J. y Reyes, I. (1992). Las categorías semánticas y el autoconcepto, *La Psicología Social en México*. 4, 193-199.
- Vera, J., López, Z., Beltrán, S. y Altamirano, F. (1990). Investigación y bienestar social: la ecología del desarrollo humano en zonas rurales. *La Psicología Social en México*, 3, 282-285.
- Verduzco, A. y García, S. (1989). Programa de apoyo en el área de autoestima para padres de niños con trastornos de atención. *Salud Mental*, 12(2), 25-27.
- Verduzco, M., Lara, M., Lancelotta, G. y Rubio, M. (1989). Un estudio sobre la autoestima en niños en edad escolar: datos normativos. *Salud Mental*, 12(3), 50- 54.
- Webster, M. y Sosobieszech, B. (1978). *Teorías de la Evaluación*. México: Limusa.
- Zinser, O. (1987). *Psicología Experimental*. Colombia: McGraw Hill.